Leopoldo Méndez

(1902/ 1969)

Méndez: Un testimonio de la esperanza, la rebeldía y la cólera del pueblo

La Iglesia llamaba "clérigos extravagantes" a los que rehusaban incorporarse a la clerecía de ninguna diócesis.

Mas no es sólo de clérigos la "extravagancia" del vivir sin vínculos, en una zona apartada de las definiciones y de los compromisos, en una ideal "tierra de nadie", más allá del rumor y de la lucha. Artistas y hombres de ciencia han acariciado, alguna vez, el ideal imposible de una existencia esquiva en que el propio querer guíe los pasos dentro de una libertad ásperamente defendida.

Ideal imposible, en donde sólo se advierte el desasosiego trágico de tantos espíritus generosos que al no encontrar en su ambiente sino la hostilidad y la repulsa, proyectan hacia una aspiración de independencia sus rebeldías anárquicas y sus anhelos confusos. Lógica reacción de la personalidad humillada por un orden social que la mutila; pero protesta desdeñosa y resentida que muchas veces encuentra consuelo fácil en la evolución egoísta o en el ensueño estéril.

Desde fines del siglo XIX, la protesta ha crecido y se ha ensanchado con tumulto de marea. Literatos y artistas, a sabiendas o no, han empezado a decir, cada cual en su idioma, la esclavitud y la angustia del hombre bajo el capitalismo; desde el perseguido Van Gogh, que conoció como pocos el horror de "los prisioneros en el patio", y desde el embrujado Gauguin, que fue a olvidar en una isla lejana su repugnancia de los "blancos", hasta el frágil Rimbaud, luchador de la Comuna, y el vigoroso Zola, agrio y duro en el retrato implacable, pero sediento de justicia como sus muchedumbres de *Germinal*.

La Guerra de 1914-1918, que precipitó la catástrofe, puso al desnudo la tremenda realidad que nadie puede, desde entonces, esconder. Sin quererlo, tal vez, pero impulsados por una fuerza más poderosa que sus propios designios, los artistas y los sabios se sintieron movidos a la acción; arrojados, de tropel, a la borrasca del drama sangriento. Algunos, los menos, continuaron arrastrando a ciegas la vieja tortura, sin comprender el origen y el nombre de su propia condena. Los otros, los más, descubrieron de pronto la invisible prisión y les creció en el pecho la robusta esperanza de destruirla.

Nacido casi con el siglo; hostigado en sus comienzos por las agresiones sociales de su medio mexicano, pero sin preocuparse poco ni mucho por la tumultuosa realidad que lo rodeaba, Leopoldo Méndez vivió la adolescencia, como tantos otros pintores de esa generación, ignorante del enlace entre el arte, aun en el más sutil, y las luchas sociales de su tiempo. Por lealtad instintiva se había ido alejando de las gracias frías de las academias, con sus normas rígidas y su verdad convencional. Pero en la rebeldía confusa del grupo de Chimalistac, sólo pudo encontrar las tentativas no siempre fructuosas del artista que se busca.

Con más expectación que actividad empezó a interesarse en el drama de su pueblo; drama complejo, de colorido violento, a través del cual el México revolucionario se levantaba sobre el mundo entre el ronco clamor de sus campesinos en armas y el despertar de los obreros oprimidos. Y fue ese drama, caótico y furioso, con más espontaneidad que dirección, lo que fue acentuando en Méndez su perfil personalísimo.

El grabado, tan eficaz como lenguaje de masas por su apretada elocuencia, dio a Méndez el instrumento preciso que su pasión batalladora empezaba a requerir. Porque tan pronto este muchacho de conducta limpia comprendió que la revolución había llegado hasta su puerta, reconoció en el arte el lenguaje adecuado a su ardor de combatiente. Con decisión y claridad que no se prestan a equívocos, tomó en la lucha el puesto que las circunstancias le asignaban, y sin rehusar una sola de las tareas consideradas más humildes, fue viviendo y luchando a través de su obra tan nutrida.

El diario de un combatiente es la colección de sus grabados; diario magnífico de una cálida verdad que conmueve, de una riqueza de expresión que admira. Pues este soldado de la revolución mexicana —soldado como casi nunca llegan a serlo los artistas de su altura— no ha creído que desertaba de su puesto al conservar para su arte las más egregias cualidades del estilo.

Sin caer jamás en la fácil demagogia —carátula que encubre, casi siempre, a la incapacidad, la traición o la pereza— Méndez ha contado, en el más experto de todos los lenguajes, las rebeldías y las esperanzas, las cóleras y los arrebatos de su pueblo. Con el pulso afiebrado de los polemistas, "polemos" es el padre de las cosas, decía el viejo Heráclito, las maderas de Méndez opinan y azuzan y gritan y se enronquecen. Las hay que persiguen y se ensañan con sarcasmos que hieren; las hay que aguardan el paso del enemigo y le desgarran el rostro con cuchilladas de catorce puntos.

Y por eso, por encapotado y ceñudo, este artista insobornable que no desconoce el más mínimo secreto de su oficio y que no ignora tampoco ni la elegancia ni la ternura, nos está dando todos los días, en sus grabados militantes, uno de los testimonios más inestimables del arte revolucionario de verdad.

Entre las filas resueltas del proletariado, Leopoldo Méndez ha asumido, con responsabilidad ejemplar, el tremendo compromiso del arte en esta hora. Pocas manos de artistas son tan sabias, tan valientes, tan honradas.

Aníbal Ponce [De *Apuntes de viaje*, 1937-38]

Dibujos inéditos*

* Reproducidos por cortesía de Pablo Méndez